

Capítulo 9: Lucha a muerte

Aquella mañana Furia todavía no se había levantado de su cama, una esterilla en un espacio más o menos liso del cráter. Se encontraba ya bastante mejor y había recuperado gran parte de sus fuerzas y color. Su piel había dejado atrás el blanco cadavérico y sus tatuajes negros contrastaban menos en su tez rosada. Parecía que el brebaje del conde de veras había funcionado. Reflexionó unos instantes en busca de la manera adecuada de agradecerse. ¿Una flecha en el corazón? ¿Un cuchillo en la garganta? ¿Un hachazo en el cráneo?

– El cielo está enfermo –dijo Petaco con honda preocupación.

Furia abrió los ojos de nuevo. Por una vez la observación del grandullón era pertinente. Ella misma se había preguntado qué diablos hacía el astro que tardaba tanto en salir. Y es que no había sol aquel día. El cielo era un manto negro sin luz. Tan solo las hogueras del cráter permitían ver en la oscuridad. Era como si la noche se hubiera apoderado del tiempo, con una sutil diferencia: no había estrellas. Era como si el sol se hubiera quedado dormido bajo el lejano mar y las estrellas hubieran ido en su busca.

– Es igual que el verano pasado. ¿Os acordáis? Los Mahasa creímos que el sol había muerto, pero un rato después volvió a brillar en lo alto.

Todos estaban preocupados, incluso el conde y sus congéneres. La noche anterior se habían juntado los poderosos en lo alto de la cresta que rodeaba el cráter del volcán. Debían de ser cerca de un centenar. Se los distinguía por sus ropajes, lujosos y coloridos, salvo uno que iba completamente de blanco. Un hombre pequeño y gordo, que llevaba un trozo de oro sobre la cabeza y un cetro con el que parecía estar dando órdenes en todo momento. Los demás eran soldados. Ellos se habían encargado de retirar todos los pabellones del cráter, donde habían dormido algunos soldados con suerte. Todos tuvieron que subir a las gradas labradas en la boca del volcán, y al fin solo quedaron los esclavos y las hogueras en el suelo del cráter.

Furia estudió la situación. Arriba, en lo alto de la cresta del volcán, varios centenares de arqueros vigilaban el cráter con las flechas listas para volar. También había soldados apostados en lo alto y en las tribunas excavadas a media altura. En ellas estaban los amos y el Emperador, con el trasero sobre cómodos cojines, ansiosos por que comenzara el encarnizado espectáculo.

Abajo, un gran número de esclavos. Todos con los grilletes puestos. Todos en el borde del círculo que dibujaba el volcán. Todos esperando la señal. Todos nerviosos. Asustados, incluso. Sí, Furia olía el miedo. El lugar apestaba a miedo.

Un silencio sepulcral, casi solemne, se apoderó de la cima del volcán. Oyó como Notas tragaba saliva, Peta hizo crujir sus nudillos y ella se sorbió la nariz. Había llegado el momento. Por fin sonó la corneta.

Los pies descalzos de cientos de esclavos rasparon el suelo pedregoso y se abalanzaron hacia el centro del cráter. Una marabunta avanzó entre las ascuas, que eran la única fuente de luz. Tal y como lo habían apalabrado, ella se quedó rezagada mientras los otros dos corrían a por las armas.

Estaba sola, tan sola que podía dejar a un lado el sigilo y andar sin ocultarse ni preocuparse. Furia estaba acostumbrada a ver en la oscuridad. Oía todo lo que pasaba a su alrededor y a lo

lejos. Hasta que no llegasen los ruidos metálicos no tendría de qué preocuparse. Examinó el suelo con los ojos entreabiertos, forzando la vista en busca de flechas. Si lo que había dicho el conde era cierto, las flechas no estarían en el centro del cráter, sino que las habrían repartido por el terreno.

Encontró un bulto demasiado terso como para ser una roca. Y olía a humano. El niño se giró bruscamente y Furia pudo ver sus ojos húmedos y brillantes.

– No hace falta que luchemos... –dijo sollozante–. Si ninguno de nosotros lucha, nadie morirá.

Furia notó cómo algo le estrujaba el estómago. ¿Pena? ¿Piedad? ¿Compasión? ¿Empatía? Daba igual. Era demasiado tarde para cambiar de planes. Pero un niño no era ninguna amenaza, y ella no quería cargar con ese remordimiento.

– El Emperador se encargaría de matarnos. Todos morimos antes o después –notó una punzada de tristeza en su corazón–. Suerte, chico.

Pasó de largo, dando la espalda al asustado muchacho y siguió en busca de una flecha. Se empezaron a oír ruidos provenientes del centro del cráter. Choques de aceros. Puñetazos. Caídas. Gritos de rabia. Bramidos de esfuerzo. Aullidos de dolor.

Cuando por fin encontró una flecha oculta en una oquedad Furia se sintió aliviada. Siempre se sentía más segura teniendo algo con punta que pudiera clavar, sobre todo en un campo de batalla donde cualquiera que la viera intentaría matarla.

Buscó a sus dos compañeros con la mirada, entre el polvo, las rocas y la oscuridad. No habían pensado en lo complicado que sería volver al punto de encuentro. Docenas de pequeños enfrentamientos habían estallado en el centro del cráter y sus inmediaciones. ¿Y si esos idiotas se dejaban matar? No podía permitirlo.

Se lo pensó dos segundos. Y en esos dos segundos el plan se fue al garete. Furia echó a correr hacia la batalla entre las ascuas humeantes y los sonoros choques de las armas de docenas de esclavos en busca de una libertad que encontrarían en la victoria o en la muerte.

Su primer enemigo no se hizo esperar. Era alto y fuerte y su mano ensangrentada sujetaba una larga y vieja lanza. En el primer intento por clavársela, el jayán cargó tantas ansias que casi tropezó al fallar el blanco y dar en el aire. Entre tanto, Furia ya estaba colocada a su lado, y rápida como el rayo lo barrió por lo bajo. El hombre cayó de rodillas y, nada más girarse, se encontró con una flecha clavada en la yugular. Echó un último vistazo a su asesina, antes de morir, y Furia clavó en él sus ojos verdes como el bosque y dibujó la mejor de sus sonrisas. Cuando el hombre cayó muerto, la llanera retiró la flecha y se adueñó de la lanza.

Ahora las cosas empezaban a complicarse. Varios enemigos se acercaban desde diferentes ángulos. Eran tres. Dos espadas y una maza. El ambiente también estaba cambiando. Cada vez se veía con mayor claridad. Parecía que el sol por fin había dejado de holgazanear. Mal asunto para Furia, la oscuridad jugaba a su favor, y la luz no lo hacía a favor de nadie.

Cuando la primera espada mordió el aire, ella saltó hacia atrás y se giró como una centella para oponer la lanza a la maza que se dirigía hacia su cara. La madera se partió en dos y tuvo que hacerse a un lado y rodar sobre sí misma para salvarse. Pese a su ágil maniobra, notó el roce del arma en su hombro. No había tiempo para verificarlo, pero supo enseguida que tenía una herida abierta.

Daba igual: podía seguir moviéndolo. Con fuerza y exquisita precisión, lanzó la mitad superior de la lanza hacia su enemigo más lejano. El proyectil impactó de lleno en su tórax, haciendo que el tipo soltara la espada y se desplomara. Sin pararse a verlo caer, esgrimió la flecha usada y echó a correr hacia el centro del cráter, alejándose de los otros dos.

De pronto oyó gritos de júbilo en lo alto del volcán. Todos los hombres en la cresta miraban al mismo sitio, al cielo. Al Este. Algo se avecinaba. Echó un vistazo a su alrededor sin dejar de correr. Había muchos cadáveres en el suelo, la mayoría en silencio, otros dando sus últimos estertores. Los había también que cojeaban jadeantes, agarrándose lo que fuera que les colgaba de algún tajo o apretándose el boquete que había dejado una mano o un brazo ahora ausente. Era una barbarie. Fue entonces cuando Furia comprendió quienes eran realmente los bárbaros.

Cada vez había más luz y el cielo empezaba a adquirir el habitual color matutino. Quedaba un montón de chatarra en el centro del cráter, pero aún varias rencillas la separaban del lugar. Uno de esos duelos le llamó la atención por la estatura del tipo que tenía de espaldas. Ya era difícil encontrarse con un hombre tan alto en el mundo, y el cráter del volcán era un lugar mucho más pequeño que el mundo.

Aceleró. Sus piernas respondieron con quejidos, pero respondieron. Pasó por el costado como una exhalación y saltó en plancha hacia su víctima, que se encontró de bruces con la cara de Furia gritando algo ininteligible y su flecha clavándosele en el corazón. Se giró, ignorando al esclavo que acababa de matar y saludó con la cabeza.

– ¿Y mi arco?

– Lo tiene Notas –dijo el grandullón con una amplia sonrisa–. Te está buscando.

– ¿Por qué estás contento?

– ¡Han vuelto las nubes! –exclamó alegría, como si no estuviera en medio de una carnicería de la que prácticamente nadie saldría vivo. Y señaló hacia arriba–. ¡Mira!

Petaco alzó la vista. Furia se permitió hacer lo mismo por un instante. El azul cubría la mayoría del cielo, y había nubes, sí. Pero no se detuvo a contemplarlas porque sus ojos vieron algo más. Una gigantesca ave marrón batiendo sus alas por encima del cráter y agarrando una gran jaula con garras grises.

– ¡Es un ruc! –vociferó alguien.

El júbilo seguía latente en las paredes de la boca del volcán, mientras que el olor a miedo volvía a envolver el ambiente ahí abajo. Furia se giró hacia Petaco, pero este miraba embobado a la mítica criatura. Sus garras se abrieron y la jaula cayó desde una altura considerable. Al chocar con el suelo rocoso sus barrotes de madera crujieron, y todos los duelos se detuvieron. Los esclavos aguardaron expectantes.

Patas blancas. Con eso bastó para que Furia lo entendiera. Primero salió uno. Y luego más se fueron sumando a la lenta y amenazadora procesión. Una docena de tigres blancos gatearon con las fauces abiertas, despacio, explorando el lugar con sus ojos claros, sobrados de hambre y faltos de piedad.

– Te he cogido dos cuchillos –dijo Peta, que se había acercado a ella con un sigilo impropio de él.

Furia cogió ambas armas y examinó el filo. Nada especial, pero mucho mejor que una flecha sin arco.

– Busquemos al músico –decidió–, ¿por dónde ha ido?

Petaco señaló hacia una zona alejada de la jaula recién caída y partió en esa dirección con una espada que en sus gruesas manos parecía más bien una daga. Furia colocó un cuchillo entre sus dientes y agarró el otro como si fuera una navaja antes de echar a correr a la zaga de su compañero.

Poco tardaron en encontrarlo. Estaba en medio de un singular duelo de espadas, aunque lo que él usaba no era precisamente una espada... Sino un bambú. Lo manejaba con ambas manos y parecía no tomarse el combate a broma. Estaba cerca de la pared, conque los hombres y mujeres del público que miraban en lo alto seguían su lucha con una mezcla de sorpresa, indignación y admiración. En cuanto al rival, golpeaba torpemente con un pesado acero con el que apenas podía y sus movimientos eran cada vez más lentos y predecibles.

Furia hizo una mueca de asco y lanzó uno de sus cuchillos. Con un silbido mortal, la hoja voló hasta el cuello del esclavo. De pronto, dejó de moverse y cayó borboteando sangre por la boca. Notas se volvió hacia ella y, para su sorpresa, sonrió.

– Creía que te estabas escondiendo –dijo con socarronería.

Furia respondió con un bufido. El músico llevaba un arco cruzado a la espalda. En cuanto notó su mirada en él, se lo quitó y se lo entregó a la mujer. Furia lo examinó con ojo experto. Era madera de avellano y estaba astillada. Olisqueó la cuerda y concluyó que era tripa de gato y que se había mojado demasiadas veces. Siempre era mejor que nada.

– Tenemos problemas –informó Petaco–. Las nubes no nos favorecen.

– ¡Deja ya de mirar las putas nubes! –estalló Furia.

– Pero Peta tiene razón. Esos tigres...

– Esos tigres nos harán el trabajo sucio. Míralos.

Las bestias se abalanzaban sobre los esclavos que vagaban solos y sin esperanzas. Los más débiles eran devorados sin apenas oponer resistencia, mientras que los demás bregaban por sus vidas con trozos de bambú o espadas romas que ni hacían cosquillas a los descomunales tigres blancos de rayas negras. Las luchas entre hombres y mujeres habían cesado, y ahora todos parecían centrarse en un enemigo común: la jauría.

Arriba, las voces aullaban con entusiasmo en favor de los tigres. A menudo Furia escuchaba las carcajadas de los más cercanos. La matanza los divertía, y eso la enfurecía.

– No son invencibles –constató Notas, señalando a un tigre que rugía de dolor en un charco de sangre y con una pata cortada. Dos esclavos se movían hacia el moribundo animal con paso prudente y las armas listas para golpear y terminar con su vida.

Los tres llaneros volvieron a la batalla con las armas en ristre, protegiéndose unos a otros y avisando del menor peligro. Mataron a una docena de esclavos con los que se toparon. No resultó tarea excesivamente difícil. Eran un trío, y a esas alturas los grupos de tres que quedaban eran muy pocos.

Furia encontró otra flecha en el suelo que fijó a sus harapos con un nudo. Llevaba el arco a la espalda pero aún no lo había usado ni una sola vez. Con la ayuda de Notas y Petaco, realmente los dos cuchillos eran más que suficientes.

O al menos contra los esclavos. Quedaban tres fieras en el pedregoso cráter y a ellos les habían tocado dos, que se concentraban exclusivamente en ellos. Furia no contó con que dos tigres blancos los rodearan tan rápido como lo hicieron.

– Las nubes están furiosas... –se quejó Peta, como reprochándoles el haber querido luchar.

Furia estudió la situación. Al lo lejos, el otro tigre pugnaba por hincar el diente en uno de sus enemigos, tres esclavos que habían hecho causa común en medio de la batalla. Tan solo quedaba un puñado de hombres en pie, probablemente los más duros de pelar. A Furia no se le escapó el hecho de que era la única mujer con vida en el cráter.

Los dos tigres se abalanzaron al mismo tiempo sobre el triángulo que formaban. Petaco opuso su espada y uno de ellos rugió al sentir el frío metal en sus carnes. Notas y Furia tuvieron que moverse y romper la formación.

El segundo tigre se giró en seco y corrió hacia el músico. Este le lanzó un cuchillo que dio en el blanco, en la parte baja de la barriga. Hebras de sangre empezaron a manar tiñendo con una pequeña mancha roja su grueso pelaje. Aquello no afectó a la carrera de la fiera. Saltó sobre Notas, que atinó para lanzar un segundo cuchillo a corta distancia. El filo rozó el cuello del tigre, pero no se clavó. Lo siguiente fue oponer el bambú entre las fauces del tigre y su cabeza llena de trenzas negras y grasientas. Cayó al suelo de espaldas, con el tigre encima encargándose de partir la frágil vara de bambú.

Había llegado el momento. Furia tensó el arco. La primera flecha atravesó el cuello del tigre con el que luchaba Petaco. El animal rugió y al principio se movió con mayor ímpetu y vigor, pero pronto sus fuerzas le fueron abandonando y el grandullón le rompió una pata. Esa batalla ya estaba ganada.

Mientras Petaco se ocupaba de él, Furia sacó su segunda flecha. El tigre había roto el bambú y babeaba sangre sobre el músico que bregaba por su vida oponiendo dos cuchillos a los afilados colmillos. De su hombro manaba sangre a borbotones. Era un tiro complicado porque no paraban de moverse y revolcarse. Pero no había tiempo.

“Las nubes nos auguraban mala suerte”, recordó. No. No era momento para volverse supersticiosa. Además, si le daba al músico, ¿qué importaba? Había matado a cientos de personas a lo largo de su vida. Aquel sería uno más, aunque fuera por accidente. Entonces, ¿por qué le temblaban tanto las manos? Si no era ella, de todas formas lo haría el tigre. “No tembléis, no tembléis”, ordenaba a sus manos.

Fue imposible parar el temblor, pero el destino de Notas ya estaba escrito. Soltó la saeta y esta viajó rompiendo el aire que encontraba a su paso. Acertó. El dardo se hundió entre las costillas de la bestia, que rugió de dolor. El tigre giró el cráneo hacia ella un instante. Craso error. Aquello fue suficiente para que Notas se liberara parcialmente y pudiera clavarle un cuchillo en el cuello. Y luego el otro que le atravesó en mentón y salió por el hocico. Lo retiró para dar otro cuchillazo en la barriga. Y otro. Y otro. Y otro.

Furia se relajó al ver como la fiera caía de lado y Notas se erguía lentamente. Tuvo que ser Petaco quien la trajera de nuevo a la vigilia con un grito que la alertó de que venían más enemigos. Todos humanos. Exhaló un suspiro de alivio. Se le daba mejor matar humanos.

Petaco fue el primero en verse acorralado. Dos tipos rondaban con cuidado a su alrededor y el grandullón miraba a uno y otro sucesivamente, tratando de adivinar por donde vendría el primer golpe. Como ya empezaba a ser costumbre, Furia se adelantó y lanzó su cuchillo contra uno de ellos. Se clavó entre sus costillas haciendo que se arqueara por el dolor. Petaco aprovechó la ocasión y pegó un tajo que le dejó el cuello colgando.

Furia no vio lo que pasó después, pero estaba segura de que su compañero podría con un solo hombre. Se acercó al músico y al tigre que había matado. Respiraba aún, con estertores apagados y entrecortados. Sacó la flecha de sus costillas y tensó el arco. Venían cuatro esclavos. Una espada, un hacha, un mangual de tres pesadas bolas erizadas y... ¡un arco!

La oyó antes de verla. El silbido de la flecha. El silbido de la muerte acercándose a ella a una velocidad endiablada. Se tiró al suelo y rodó. Oyó que la saeta se alejaba. Pero luego el sonido volvió. ¿Otra flecha? La sintió clavársele en el muslo derecho. Reprimió las ganas de gritar y las convirtió en furia. Tenía el arco en las manos y la flecha lista para volar. Soltó mientras se levantaba con gran esfuerzo. Siguió la trayectoria del dardo y... falló. ¿Cómo había podido fallar? El esclavo se había movido con rapidez. Los otros tres corrían hacia ella. Notas se apoyó en su hombro.

– Dos para cada uno –dijo él–

Ese fue el elaborado plan que salió de Notas. Ella asintió, pero tenía serias dudas de que Notas pudiera matar a dos personas en ese estado. Quizá el del arco ya no tuviera flechas. Quizá, pero se quedó a una distancia prudente, evitando una posible lucha cuerpo a cuerpo. Un tipo de ojos gastados y pómulos huesudos alzó el hacha para golpear. Furia esquivó el golpe y le sacudió un puñetazo en la tripa. El hombre se agachó y acto seguido recibió un rodillazo en la cara que hizo que crujiera su nariz y temblaran sus dientes. El cuchillo de Notas se clavó en su pecho. Estaba muerto, o lo estaría en breve.

Furia fue a coger el cuchillo en el corazón del hombre muerto, pero una espada enemiga se lo impidió. Tuvo suerte de no perder el brazo. No podía bajar la guardia. Aún tenía la flecha clavada en su pierna derecha y ésta se resistía a obedecerle debidamente.

– Mierda –masculló.

Con un elegante giro, la espada volvió a la carga y esta vez Furia no pudo evitar el corte. Apretó los dientes para no gritar. La herida le ardía. Para colmo, oyó que Notas emitía un quejido ahogado. No podía mirar, estaba demasiado ocupada esquivando a duras penas las estocadas de su rival. Esperó que no lo hubieran matado.

De pronto notó que empezaba a cansarse. Las piernas le fallarían del todo de un momento a otro. No le quedaba ningún cuchillo. Ninguna flecha. No tenía espada. Había dejado el arco al disparar su última flecha. “No, sí me queda una flecha”.

Esta vez sí. En el alarido se mezclaron dolor y furia a partes iguales. Partió la flecha que tenía clavada en el muslo, por la parte punzante que sobresalía y con ella rasgó la garganta de su oponente. A Furia le pareció que el tiempo se había detenido. Vio como el hombre se quedaba inmóvil ante ella, como si unos hilos invisibles lo sujetaran por unos segundos. Sus ojos verdes

como las hojas estaban muy abiertos y sus pupilas muy dilatadas. Una raya roja dividió su cuello horizontalmente y enseguida cayó, impactando primero con las rodillas y luego con la cara en la piedra volcánica.

Entonces sí, se giró hacia Notas y lo vio en el suelo, junto a Petaco. Había otro hombre en el suelo: el tipo del mangual. Corrió hacia ellos. Volvió a oír los gritos de los soldados del Emperador y la tropa de nobles que celebraban la matanza.

– Tranquila preciosa, me pondré bien –murmuró gorgoteando un poco de sangre.

La herida era horrible. La pesada bola de pinchos le había arrancado un buen pedazo de carne entre el pecho y el hombro herido. Furia arrancó la manga del hombre muerto e hizo una improvisada venda que ajustó con fuerza a la herida.

– ¿Y el beso? Dicen que... las mujeres Kaloshi... sus besos...

De pronto le entraron unas ganas locas de aplastarle la cabeza contra la roca, de patearle la cara y escupirle hasta quedarse sin saliva. Pero no hizo nada de eso. Y esas ganas asesinas desaparecieron tan rápido como habían venido.

– Queda uno –informó Petaco.

El tipo del arco los miraba desde la distancia y tenía el arco tensado. Ellos eran tres. Tenían todas las de ganar. Aunque en ese estado solo Petaco contaba como uno entero.

– ¡Tengo todas las flechas que quedan sin romper! –exclamó desde una roca lejana.

Entonces, Petaco miró al cielo y observó el movimiento de las nubes blancas estirándose hacia el oeste y deshaciéndose en el fondo azul del cielo. Algo positivo tuvieron que decir las nubes, porque Furia lo vio sonreír. Luego se agachó con una calma infinita y cogió una roca grande como un niño. Y empezó a avanzar hacia el arquero.

Un paso. Otro paso. Era un andar lento y pesado, pero imparable. Petaco se acercaba al arquero, que reculaba despacio y con una flecha en el arco. Arriba, en el anillo del volcán se oía un bisbiseo ligero que se mezclaba con el ulular de los vientos que rondaban por ahí y repartían el sonido por todo el lugar.

La cuerda vibró. Furia la oyó perfectamente. Y luego el sibilante viaje de la saeta hacia Petaco. Apenas duró un segundo antes de oírse el chasquido. El impacto contra la roca la quebró. El grandullón siguió avanzando al mismo ritmo mientras el arquero reculaba al tiempo que armaba un segundo dardo.

De nuevo, la flecha viajó a gran velocidad, pero Petaco opuso la gran roca que llevaba para protegerse el pecho. Solo tenía que moverla unos centímetros arriba o abajo para esconder la cabeza. La tercera flecha también cayó al suelo doblada y astillada por el centro, y el arquero se quedó sin espacio para recular, pues detrás estaba la pared del volcán. Entonces el tipo echó a correr hacia un lado, y Petaco dejó caer la roca para perseguirlo.

Al otro lado estaba Furia observando la escena. Se aprestó a salir hacia ellos, pero Notas tosió. Lo miró. Estaba blanco como la espuma del mar. Tenían que acabar cuanto antes con el torneo para curarlo debidamente en la primera aldea que encontraran. Lo sopesó unos segundos, sin quitar la vista de sus ojos sin brillo.

– No te vayas –pidió el músico con voz débil.

– Tranquilo, vuelvo enseguida.

Por un momento, sopesó la posibilidad de quedarse y esperar a que Petaco acabase con el último rival. Era arriesgado. Descartado aquello, Furia cogió el mangual de tres bolas y corrió al encuentro del arquero para cogerlo en tenaza, eso sí, a una velocidad mucho menor y tratando de cojear lo menos posible, pero cojeando.

Al acercarse ella, el hombre cambió de rumbo para alejarse de la pared rocosa. Petaco le hacía señas para que se abriera más para cubrir mayor parte del terreno. Cuando el enemigo llegó al centro del cráter, tensó el arco una vez más. ¿Cuántas flechas tenía? Furia supuso que aquella debía de ser la última. Pero para su sorpresa no la dirigió hacia Petaco, ni hacia ella. Sino hacia Notas.

Furia observó como la flecha salía disparada y se le formaba una sonrisa malévola al arquero. Siguió la trayectoria con la mirada, impotente. La punta se hundió en el pecho del Mahasa, que no pudo hacer absolutamente nada por evitarla.

El corazón le dio un vuelco y se le cortó la respiración por un largo instante. Notó una sensación de ahogo. Furia conocía muy bien esa sensación. Esa que subía desde las tripas y se habría paso por la garganta, quemándolo todo por dentro. La recordaba de cuando mataron a toda su familia. Porque esas cosas no se olvidan. Ni todo el tiempo del mundo acaba con las heridas del alma.

Cuando reaccionó de nuevo girando la cabeza, Furia vio que el arquero la estaba apuntando con otra flecha. ¡Otra! Salió despedida y ella se tiró al suelo. El proyectil le pasó zumbando por encima. Ahora le tocaba a ella. Apoyó una rodilla en la roca, se irguió haciendo molinetes con el mangual y lo lanzó sin pensárselo dos veces.

El rostro de sorpresa de su rival se le quedó grabado en la retina. Había abierto la boca para exclamar algo pero no salió ningún sonido. Tan solo el del impacto de una de las bolas con púas de metal rompiéndole la cara y tirándolo al suelo. Petaco lo alcanzó segundos después y se aseguró personalmente de que quedara bien muerto, como si las nubes fueran a ponerlo en duda.

Entonces todo el mundo calló. Y hubo un momento de tensión hasta que por fin sonó la corneta. Y los aplausos irrumpieron, seguidos de los vítores de los nobles cómodamente afincados en las gradas de la pared del volcán.

Furia ignoró a la gente y se apresuró en volver con Notas. Estaba recostado con las rodillas dobladas y un brazo a cada lado del cuerpo. Sus palmas estaban abiertas y junto a una de ellas había un cuchillo. Furia lo cogió y lo ató a su muslo con un trozo de cuerda. Nunca se tienen suficientes cuchillos, y ella no tenía ninguno.

Los ojos de Notas estaban cerrados. Su cuerpo inmóvil. Lo tocó. Frío. La herida se le había ennegrecido. La había juzgado mal, quizá estuviera más cerca del corazón de lo que ella había pensado. En su clan no había buenos médicos y las enseñanzas que se daban a los combatientes eran muy superficiales. Quizá... Colocó la palma de su mano sobre su pecho inerte y trató de sentir algo. Pero ya no había nada.

Su corazón se había parado, y el de ella se aceleró.